



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tifs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03008 Alicante. Tif. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tif. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELCHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Montegudo-Edificio 'La Verdad', 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



I
■ Cuadros, estatuas, imaginaria semanasantera, retablos, etc., son actualmente ganados por lo que pudiera bautizarse como sarampión contagioso, psicosis restauradora, mitad loable si por medio andan manos expertas, mitad equívoca si sólo se dispone de buenas y santas intenciones.

Frente a los indudables aciertos de determinados restauradores profesionales, en ocasiones en verdad necesarios, viene uno a recordar aquellos consejos con los que un ya lejano día Eugenio d'Ors quiso orientar a unas monjitas sevillanas que, adelantadas a su época, proyectaban la restauración de unos cuadros, según las sores lisiados por el tiempo. Eugenio d'Ors les hizo entender entonces poco más o menos que humos de cirio, vaharadas de incienso, polvo de siglos y hasta discretos barnices también son elementos que, de algún modo, vienen a colaborar en la «terminación» definitiva de un cuadro. «¡Ay, hijo mío, restauraciones, pocas y buenas!», expresión del todo acertada que uno viene a recordar como filacteria angelical en boca de la poetisa Cristina de Arteaga, priora por entonces del Monasterio de Santa Paula, también de Sevilla. «¡Qué gran mujer! ¡Cuánto le debe Sevilla!». Nos lo decía, días más tarde, el pintor Alfonso Grosso.

A la moda anda hoy, insistimos, el capítulo de las restauraciones, plausibles algunas, claro, las menos; demolidoras otras, con escasos medios disponibles y a toda prisa ejecutadas —nunca mejor empleado el vocablo—, a la manera de esas transformaciones que en determinados programas televisivos son ofrecidos, haciendo penetrar por una puerta al personal de escasos atractivos estéticos para luego hacerlos aparecer por otra, una vez que la «restauración» los ha

convertido —escasas excepciones aparte— en relucientes baratijas humanas de «todo a cien».

Se restaura todo. Cuidado, pues, con caer en la trampa. Un buen amigo nos prevenía recientemente:

—A este paso, acaso tengamos un día la posibilidad de estrechar la mano recobrada de alguien por quien tú y yo siempre hemos sentido total veneración: la Venus de Milo, ¡ya restaurada!

II
■ En cómo, sombrero en mano, nos saluda el espantapájaros de nuestro paisaje se advierte que mayo, tras unos días pochos, rayados por la lluvia, va recobrando su auténtica y amable vitola.



III
■ Todos lo sabemos desde que un día, ya lejano, fuimos espectadores de la «My fair lady» de George Cukor. ¿Recuerdan?: «La lluvia en Sevilla es

una maravilla». ¿Por qué, pues, esa inesperada crueldad del tiempo que el último Domingo de Ramos, precisamente en Sevilla, derramó el agua a cántaros sobre determinados pasos procesionales y que caló el domingo último a los cientos de sevillanos que se aventuraron a asistir a la inauguración de la feria? Vamos a ver ¿por qué?

IV
■ Con una china metida en el ojo y más en el corazón, regresó nuestro amigo Manolo precisamente de su viaje a la China.

El minicuento de urgencia

Casa con ratas



Doña Coro le había llegado su dosis de personal felicidad personal precisamente a las puertas de la vejez, una vez liberada de aquellas plepas y quebrantos demandados por don Senén, su esposo, víctima de una larga enfermedad sin cura, egoísta de tomo y lomo.

Liberada, pues, de la pesada carga conyugal, doña Coro diose a recuperar el tiempo perdido, ingresando como viajera impenitente en todos y cada uno de los viajes con tanto cariñoso esmero organizados a favor de la tercera edad. Con una contrariedad no contaba, sin embargo, doña Coro: la vuelta al hogar transitado, tras el paréntesis de los días de viaje, por múltiples ratas gordales, adueñadas de las numerosas habitaciones, de los antiguos muebles acumulados por varias generaciones familiares, de los pesados

cortinones de descoloridos damascos, de los viejos retratos pintados al óleo... A la vuelta de cada viaje, pues, doña Coro había de vencer la no por sabida menos desagradable sorpresa de una rata merendándose la túnica de un Niño Jesús de espinas coronado, un tomo de viejas revistas encuadernadas, los flecos de un cojín bordado...

Sueños con ratas por medio. Una y otra vez. Siempre. Un primer plano de un hocico de húmedos bigotes, el chillido inconfundible de una rata madre, el roce peludo de algo que suavemente va ascendiendo por el brazo mollar de doña Coro...

El drama verdadero vino a tomar

cuerpo cuando, enferma a raíz de su viaje a Canarias, hubo de ser ingresada doña Coro en una clínica, no pudiendo regresar a su domicilio hasta pasados tres meses largos. Su entrada en su domicilio no es para descrita al descubrir la casa toda convertida en una total hospedería ratonil. Ni Poe ayer, ni Stephen King hoy, acertarían a componer la fiel descripción. Ríos de ratas la circundaron. Acobardada, entre las millidas mantas de la cama buscó refugio misericordioso mientras que del techo comenzaban a llover ratas, ratas, ratas... No sepa más el lector. Por su bien mira el autor, al cual le parece excesivo mostrar a doña Coro devorada por sus ratas hasta el extremo de dejarle pelados sus huesos. Baste, pues, con desear que la pobre señora en la gloria se encuentre y que allí nos espere muchos años. Amén.



V
■ «Con la licencia de Dios / y la del señor alcalde», que dice la canción, volvieron a resucitar afortunadamente los «mayos» murcianos, y ya toda la huerta se hiz color y olor, memoria de viejos días irrepitibles, romántica viñeta, en fin, que nos llevó a preguntar al vejete cercano a los cien años, a la escucha de los «mayos» con tan embelesada atención:

—¿Qué, haciendo nostalgia del ayer, verdad?

—Pues sí, señor; ahora bien, lo que servidor no alcanza a entender del todo es

cómo los antiguos pudieron vivir sin «tele», que es lo bueno.

VI
■ Jamás pudo la anoréxica recobrar sus perdidos kilos. Se hizo entonces pintar por los pinceles de Botero.

VII
■ Vieja estampa del pimentón puesto a secar al sol: paisaje ruborizado.



VIII
■ Señorita decente defendiéndose de su descarado pretendiente que en el estreno de la zarzuela *El rey que rabió* ha intentado hacer manitas con ella.